

# Editorial

Benjamín Prado

Al recaer sobre el poeta argentino Juan Gelman, el premio Cervantes 2007 se divide en varios reconocimientos paralelos: el primero, y sin duda el más importante ya que estamos hablando de un galardón literario, a su ya abundante poesía, que es señalada por lectores y críticos como una de las más originales y profundas de nuestras letras; el segundo, a su compromiso con el lenguaje, que le ha llevado a evolucionar, con el paso de los libros, hacia una expresión cada vez más hermética que, sin duda, es producto de esa indagación que José Ángel Valente llamaba la búsqueda del «lenguaje otro» y que le lleva a romper las palabras desde dentro para inventar otras nuevas, sin ir más lejos la que da título a su última creación, *Mundar*. El tercer aspecto que recompensa el Cervantes en Juan Gelman es otro tipo de compromiso, el que el autor de *Valer la pena* ha mantenido con la Historia, usando su escritura como arma reivindicativa contra la opresión, que por desgracia él conoce tan bien como todas aquellas personas a las que se le ha metido en la biografía un Estado asesino. El mayor acto de dignidad de Juan Gelman en ese sentido es no haber que-



H

rido ser un mártir de la dictadura, sino sólo uno de sus ejemplos, y ofrecer la terrible experiencia de perder a su familia, básicamente, como el relato en primera persona de un horror colectivo. Importa contar las cosas, porque no olvidemos que la memoria es lo contrario de la impunidad, cuya médula es el silencio.

La poesía de Juan Gelman le da otra voz al premio Cervantes y la vez lo añade a la lista de grandes poetas que lo han merecido, que ya son muchos porque, por fortuna, a esas alturas en que se mueven los maestros del género, la minoritaria Poesía se iguala a la arrogante novela y el prestigio al éxito, como demuestran los apellidos que anteceden a Gelman en la nomenclatura del premio: Alberti, Borges, Jorge Guillén, Octavio Paz, Gerardo Diego, Luis Rosales... Seguramente, eso también supone un motivo de orgullo para el autor de *Cólera buey*.

El premio Cervantes empezó a entregarse a los poetas de la generación del 27 y a sus más o menos contemporáneos en Latinoamérica, con lo que, de algún modo, corría contra reloj, intentando llegar a tiempo a todos, puesto que algunos de los más obvios aspirantes a él eran ya muy ancianos. Ahora, después de algunos episodios difíciles de entender y sobre todo de compartir, que por otra parte son comunes a todos los galardones de esa categoría, que siempre tienen una doble lista negra de genios que no los obtuvieron y medianías que sí los lograron, ha llegado el tiempo de premiar del natural, de distinguir a los autores más contemporáneos, los que ya han escrito sus obras a caballo entre el siglo XX y el XXI y, por lo tanto, están más al ras de sus lectores, con los que comparten muchas experiencias de toda clase. El cambio es significativo: al abrir el periódico al día siguiente de haberse otorgado el Cervantes y ver en las páginas de cultura el nombre del ganador, muchos podrán decir: yo crecí con él; yo me he formado con sus obras y las fui leyendo según salían a la calle; en sus novelas o sus poemas se habla de cosas que yo también viví.

Juan Gelman es justo eso, un poeta que habla en sus versos, algunos más claros y otros más oscuros, de lo que a muchos les ha pasado y a otros muchos les conmovió desde la distancia. A veces, el tiempo no pasa para dejarnos atrás, sino para ponerse a nuestro lado ©

